

OLIPHOTH



José María Tamparillas
Manuel de los Reyes
Felideus
Sergio Mars
Nelson Torres Peña

20

ÍNDICE



Editorial.....III



'Cruzar el río',
por José María Tamparillas.....IV



'Lily',
por Nelson Torres Peña.....VI



'Versiones contrapuestas',
por Sergio Mars.....XI



'Cleobis y Bitón',
por Felideus.....XIII



'El Hombre de Tierra',
por Manuel de los Reyes.....XV

Enero 2007

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: santiago@eximeno.com

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Joshua Smith

COLABORAN:

Joshua Smith (ilustración de portada), Nelson Torres Peña, Sergio Mars, Felideus, Manuel de los Reyes y José María Tamparillas.

EDITORIAL

El final se acerca.

Ya queda muy poco para el final...

Permaneced a nuestro lado hasta entonces. Nos sentiríamos solos sin vosotros. Permaneced a nuestro lado hasta que todo acabe, y después... después, abandonadnos.

Ah, se me olvidaba. Lamentándolo mucho, ya no aceptamos más colaboraciones para Qliphoth. Es lo que tiene estar tan cerca del final.

El Editor.

Cruzar el río

Por José María Tamparillas

Día sombrío, cielo plomizo. Las nubes iban a romper en cualquier instante. El anciano profesor se dispuso a cruzar la calle con paso atemperado. Miró arriba y frunció el ceño, no iba a correr más por mucho que se pusiera a llover.

Llevaba un equipaje sencillo. Pasaría sólo dos días en Florencia, uno en el VIII Simposio Internacional de Lenguas Muertas, con una ponencia sobre de las *Odas*, de Píndaro. Le gustaba Florencia, por eso se había reservado el segundo para sí: una última visita a la Galería de los Uffizi, un último vistazo a la *Primavera* de Botticelli, una despedida.

Últimamente el viejo sentía el paso del tiempo con intensa amargura. La soledad mordía como un perro hambriento, no soltaba presa y cada día que pasaba le inoculaba un poco más de desaliento.

Echó un vistazo a la fachada del edificio, al tercer piso. La casa se le quedaba grande. Demasiados recuerdos convierten un sencillo hogar en un palacio lleno de recovecos oscuros y cavernosos, plagado de monstruos; donde las tristezas de antaño crecen y palpitan con renovada fuerza, y las alegrías se agrian sin remedio a falta de quien las alimente.

El taxi esperaba al otro lado de la calle. Un vetusto Mercedes. Se alegró. Poseía esa patina de vejez, digna y elegante, con la que sentía identificado.

Le hizo una seña al conductor para que no abriera el maletero. Entró y puso la pequeña maleta a su lado y el portafolio en el suelo, entre las piernas.

—Al aeropuerto, por favor.

El coche arrancó con un lamento ahogado del motor.

Sacó un libro, su gastado ejemplar bilingüe de la *Teogonía* una edición de Serra Hnos. y Russell, de mil novecientos diez. Se puso las gafas, esas que según Rosa le daban el aspecto de un viejo buitre miope.

Rosa. Recuerdos. La echaba demasiado de menos. Apoyó el libro en su regazo, se pasó la

mano por el rostro, recorriendo arrugas. Rosa se había ido y las arrugas eran la única compañía de un catedrático decrépito y gruñón; ellas, el polvo y sus libracos.

Miró a través de la ventanilla. A lo lejos se elevaban los alientos que salían del río. Los edificios adquirirían una presencia más diluida, una personalidad inquietante, como si los contornos fueran tragados por la nada, desvanecidos en la niebla turbia.

Pensó en sus hijos, sin saber el porqué los visualizó ya adultos, pagándole con la misma moneda que él les había ofrecido en su niñez y juventud: indolencia y desapego.

Tuvo un repentino ataque de angustia, una sensación de ahogo, de vacío.

—Hace un día de perros.

Intentó entablar conversación con su chofer, un hombre enjuto, de facciones apergaminadas; un tipo que respondió a su afirmación con un lacónico asentimiento de cabeza.

Había tenido la desdicha de ir a topar con el único taxista silencioso de la ciudad. Le hubiera venido bien una conversación intrascendente, algo sobre lo que concentrar su atención y que, de paso, le espantara los miedos.

—El río es hermoso ¿No? Y más ahora, que lo han limpiado.

Esa vez, el conductor ni si quiera hizo un ademán de reconocimiento. Siguió concentrado en la carrera.

Se fijó en el tráfico. No había más coches. El asfalto estaba limpio... hasta en las aceras se veía una inusual falta de movimiento, apenas dos o tres figuras huidizas: sombras replegadas sobre sí mismas a causa del frío.

Esta observación hizo que la sensación de soledad se amplificara. Comenzó a acariciar la pernera de su pantalón con la palma de la mano, algo que sólo hacía cuando estaba muy nervioso. Cerró los ojos e intentó concentrarse en su ponencia. Iba a ser la última antes de su retirada definitiva.

Eso es, refúgiate como siempre, en el trabajo, en los muertos.

Sólo era un viejo achacoso, enfermo, camino de un último destello de gloria académica. Se sonrió amargado.

Abrió los ojos. Todo era distinto.

El libro se le cayó del regazo.

Estaba desnudo. Hacía frío, un frío de mil demonios. Tiritaba.

Aturdido, la primera reacción fue la de tapar su intimidad con un movimiento brusco de las manos, para luego hundirse en el asiento confundido.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó.

El conductor no respondió.

Alrededor, la niebla se había condensado, formando un manto de consistencia casi orgánica, un universo caótico de torbellinos lechosos que ocultaban las siluetas familiares de la ciudad.

—¿Oiga? —susurró sin moverse.

¿Qué me está pasando? Pensó. ¿Otro ataque? ¿Uno más fuerte? Ya los había tenido: pequeños ictus que lo dejaban fuera de combate durante unos minutos. En uno perdió el control del lado derecho del cuerpo y cayó al suelo; en otro, más angustioso, comenzó a hablar en un lenguaje incoherente y desordenado, lleno de sílabas y cacofonías: así dos horas trágicas, hasta volver a recuperar el control de su capacidad oral. Algo horrible.

Un espasmo le sacó de sus pensamientos, un estremecimiento y una imagen.

Rosa.

Rosa estaba a su lado en el taxi, sentada, envuelta en su sudario. Contemplaba un remedo de ella momificado, una recreación espantosa que intentaba imitar el perfil elegante de la mujer.

— ¡Dios mío!

Aquellos ojos le miraban faltos de humanidad, con fijeza, enmarcados en una calavera descarnada. Tenía en frente un espectro que irradiaba dolor. Ella se acercó y le rozó las manos con las suyas; casi se podía decir que era una muestra de cariño.

El las apartó de golpe. El frío era doloroso.

Gritó.

Cerró los ojos y gritó.

Al abrirlos, la escena, su vida, había recobrado la normalidad. Estaba vestido, con la única compañía de su amigo mudo y el ajado ejemplar de Hesiodo. El Coche se acercaba al río, al gran puente que lo cruzaba en su zona más profunda y reposada. La neblina se arracimaba

sobre ellos, los tanteaba con una especie de movimiento pulsátil. Iban solos, completamente solos, ni un automóvil, ni una persona a la vista.

Respiró hondo, como si así fuera a olvidar la espantosa imagen de poco antes. Se asomó a la ventanilla.

No recordaba que el río formara ese gran remanso bajo el puente. Y, ahora que se fijaba, no había edificios, no distinguía ni uno a través de los jirones de niebla; sólo campos yermos, tierra y arbustos escuálidos donde debieran erguirse las desordenadas colmenas de los suburbios.

—¿Qué sucede? —preguntó confuso.

Sin esperar respuesta, el anciano profesor se aferró al libro, como si éste fuera un punto de referencia real en el curso enajenado de acontecimientos que vivía.

Seguía haciendo tanto frío,

Echó un vistazo a través del retrovisor del parabrisas, quería ver al taxista. Era inexplicable que no le hubiera dicho nada en lo que llevaban de viaje.

Se inclinó y lo que vio le hizo abrir la boca de golpe. Tragó saliva, lo intento un par de veces antes de poder hacerlo, un acto lastimoso.

El conductor no tenía cara. Ni ojos, ni nariz, ni boca, nada. Se enfrentaba al reflejo de un vacío que le sumergía en un abismo de angustia y desconcierto.

El coche seguía su marcha con serenidad, imbuido por una energía testaruda que lo manejaba hacia un destino que le parecía incierto y aterrador.

—¿Qué me está pasando?

Apartó la mirada angustiado.

A través de algunos claros en la niebla pudo ver el agua turbulenta del río. Era como una corriente de mercurio, densa, lenta, pesada. Una corriente dispuesta a engullirlo y transportarlo a un tártaro de sufrimiento. El puente se hacía interminable. Pasaban los segundos, los minutos, y el coche parecía no querer abandonarlo nunca. Un poco más adelante, a mitad de trayecto, vio que la niebla se cerraba aún más. Formaba una especie de muro, una pantalla semisólida hacia la que el taxista, o lo que fuera aquel ser, guiaba el coche con mano firme.

La luz del sol era cenicienta, un resplandor difuso que tintaba los objetos con un matiz mortecino.

—¿Qué sucede? ¿Dónde me lleva? Pare,

pare inmediatamente... se lo exijo.

Nada, silencio, sólo el susurro del motor, el sonido de los neumáticos aferrándose al asfalto.

—Por favor... pare.

La pared se acercaba más y más.

El profesor pensó que se iba a orinar en lo pantalones.

El coche se sumergió del todo en la bruma; en un gesto instintivo, se tapó el rostro con las manos.

Cuando las apartó se vio ahogado en un mar blanco de aguas turbulentas. Nada delante, nada detrás, ni a los lados: una nada inhóspita y hostil que le hizo bajar la mirada. Así estuvo unos segundos, hasta que un movimiento furtivo, un reflejo, le hizo volver erguirse. Fue cuando se aperció de su presencia: eran figuras etéreas que danzaban agitándose con muecas deformadas. Decenas, cientos. Iban y venían, se acercaban raudas y se alejaban con parsimonia, se revolvían y regresaban, se esfumaban y aparecían cambiadas haciéndole muecas a través del cristal. Era como si quisieran gritar, como lo harían las almas en pena, parásitos en busca de un huésped al que chupar a energía.

El profesor se guardó para sí las ganas de llorar. Derrotado e impotente, bajó la cabeza.

Al poco rato el coche se detuvo.

El conductor le mostraba el reflejo de su cara huera a través del espejo.

La bruma se despejaba, se disolvía en el aire circundante.

De nuevo estaba desnudo. Esto no lo preocupaba. Sólo tenía ganas de salir de allí, del coche, saltar al vacío, a lo desconocido, fuera lo que fuese que hubiera ahí. Pero algo irreal, pero palpable y poderoso se lo impedía, algo le retenía contra su voluntad pegado al asiento del taxi. El rostro sin facciones, ese yermo, destilaba una energía irresistible a través del reflejo en el cristal, como queriendo decirle algo.

—¿Qué quieres? ¿Qué debo hacer?

El conductor se giró hacia él con un movimiento inesperado. El anciano dio un respingo al enfrentarse a dos ojos de color incierto fijos en él, hundidos en un semblante adusto y decrepito. Luego vio la mano, una mano angulosa, cargada de edad, cuajada de venas, solicitando en ademán mudo un pago por la carrera.

—¿Que te pague?

El inexpresivo conductor asintió.

—¿Con qué?

El taxista bajó la mirada.

El libro no estaba. En su lugar, en una de sus manos había una moneda, una gran moneda de plata, desgastada, con el perfil de un desconocido apenas visible en el metal renegrido.

El anciano profesor comprendió. Fue un conocimiento repentino, apaciguador, casi un éxtasis.

—Un óbolo —lo miró, lo acarició—, el óbolo... entonces...

Se lo alargó. Y la mano se cerró sobre la moneda con un movimiento seco, casi obscuro. La puerta de su lado izquierdo se abrió.

Se apeó.

Allí, de pie, desnudo, contemplaba delante de él una inmensa llanura, un espacio infinito. Un páramo cargado de espinos, árboles esqueléticos y rocas de formas imposibles. Una extensión sobre la que caminaban en silencio siluetas mortecinas, cabizbajas. Cientos de ellas, perdidas, sin saber bien qué hacer ni dónde ir.

Una de ellas, la más cercana, estaba delante, a pocos metros, oculta tras un jirón caprichoso de bruma. Sabía quién era; ese cuerpo y esa silueta le eran familiares.

Rosa.

Echó la vista atrás.

No había coche, ni puente, ni ciudad: sólo el río, un pequeño riachuelo de aguas tranquilas y espejadas. Flotando en ellas, con un vaivén parsimonioso, había una barca de aspecto desvencijado, de madera oscura, carcomida por la humedad y el tiempo. El barquero sostenía una larga vara. Su rostro se difuminaba lentamente, mientras su mano guardaba en el fondo de uno de los bolsillos de su gabán una moneda.

El profesor intentó escuchar el latido de su corazón y encontró un silencio rotundo. Intentó sentir el dolor al pellizcarse el dorso de la mano, sin lograr más que un gesto sin sentido. Suspiró. Luego, con paso seguro, se alejó de la orilla en dirección a la mujer que lo esperaba para cumplir con el destino.

Por Nelson Torres Peña

A pesar de que su nana la había acostado a las ocho, como toda niña buena y ya eran más de las once de la noche, Lily no podía conciliar el sueño. En espera del hada madrina permanecía sentada en su cama, recargada en uno de sus almohadones de pluma y abrazándose las piernas, con la mirada perdida en la penumbra. Recorrió con sus pequeñas manos el sedoso frío de las sábanas en busca del buró, a la izquierda de su lecho. Encima de este encontró la caja de cerillos y la tomó. Se bajó de la cama deslizándose hasta sentir bajo sus pies descalzos la superficie afelpada y tersa de la alfombra, se acordó de su osito de peluche preferido. Se dirigió al pie de la cama y a dos pasos estaba sobre un portavelas grande en forma de concha marina la vela que prendía todas las noches para su hada madrina. Encendió un cerillo y acercó la lumbre al pabilo. A la mitad de la inmensa habitación creció un tenue círculo naranja que no alcanzaba las paredes. Lily se sintió protegida por la aureola; subió de prisa a la cama y se cubrió.

Una vez recostada, esperó a que apareciera el hada. Al cabo de unos minutos, de la vela ascendió hacia el techo una luz azul formando un hilo sutil que con lentitud dibujó una figura que se convirtió en un hada; abrió los ojos como si despertase de un sueño muy profundo.

—¿Cómo te sientes, linda? ¿Ya no has soñado pesadillas? —Preguntó el hada con voz tranquila y profunda.

—Me siento bien, gracias— respondió la niña con una amplia sonrisa—. Como ya soy grande, les tengo menos miedo.

—Eso está mejor. Cada vez eres más valiente, lo que me llena de orgullo—. Dijo sonriendo el hada.

—¿Por qué vienes vestida mitad negro y mitad blanco? Te ves bien rara con el lado blanco. No me gusta—, dijo Lily entrecerrando los ojos mientras observaba con fijeza al hada.

—Hoy es un día especial, mi amor. Hay luna llena y mis energías positiva y negativa deben estar balanceadas. ¿Recuerdas lo que te dije acerca del equilibrio entre el bien y el mal?—

Contestó el hada con tranquilidad mientras su cabello flotaba con gracia en el aire.

—Sí. Siempre lo recuerdo, porque no quiero que me abandones.

—Claro que no te dejaré, pequeña, no desapareceré nunca —dijo el hada—. Ahora duerme, voy a cuidar de ti.

—Gracias, Hada Madrina.

—Velaré tu sueño—. Dijo el hada obsequiando una sonrisa leve a la niña.

Lily se quedó dormida resguardada por su guía, quien permanecía dentro del haz de luz con un movimiento hipnótico como de olas conducidas por el viento.

A la mañana siguiente, Lily se despertó angustiada. En su cara se vislumbraba un miedo incontrolable. Se sentó sobre la cama y observó con detalle la habitación: todo seguía siendo de un blanco inalterable. Los juguetes y la ropa estaban acomodados en el orden acostumbrado. Con la sonrisa franca que la caracterizaba bajó alegre de la cama. Esta vez no había tenido la pesadilla en la que despertaba en la fría casita de madera con olor a yerbas raras. Abrió las puertas de cristal y se asomó por el balcón, gustosa de saber que el inmenso jardín con aromas exquisitos y vistosas flores le daba los buenos días; y no el horrible precipicio con el hombre de llamas acercándose a ella.

Se dirigió hacia la vela que estaba apagada y la volvió a guardar en el estante decorado con girasoles sonrientes en donde acomodaba a sus muñecos preferidos. Tomó al osito polar de peluche y le dijo:

—Mi Hada Madrina siempre cuida de mí; por eso se queda flotando, para que el señor de los rayos no me empuje hacia el precipicio que está fuera de la fea casita. Luego apaga la vela cuando me duermo y me quedo a oscuras mientras llega el sol, ¿verdad? —El muñeco, inerte, tenía una mirada casi real que parecía afirmar lo que su dueña decía.

Lily dejó al osito sobre la cama para contemplar otra vez la mañana. Disfrutaba mucho de los rayos calientes que se escurrían a través de los enormes árboles y de las flores con sus dulces olores. Bajó corriendo al jardín por el amplio rizo

de las escaleras agitando las manos y la cabeza. La algarabía de Lily iluminó a su paso la decoración invernal, le dio calor al helado mármol y suavizó con su vocecilla la fastuosidad de los muebles. La seriedad de los sirvientes se convirtió en sonrisas cuando escucharon a la niña.

Lily brincó sobre el pasto, alzó los brazos y miró al cielo, giró sobre sí misma mientras entonaba las canciones que le enseñaban en la escuela. Sin que la niña se diera cuenta, el cielo se nubló. Aquel exquisito jardín adquirió de pronto la sombría solemnidad de la mansión. El canto de los pájaros cesó. Todo quedó en silencio. El viento opacó con cientos de cantos chirriantes la dulce voz de la niña. La densa oscuridad se apoderó del paisaje. Lily bajó los brazos e indignada gritó:

—¡Qué grosera eres, Hada Madrina! ¡Nunca me dejas disfrutar del sol! Un día de estos se me va a olvidar prenderte la vela, ¿eh? Ya sé que ahorita no me respondes, pero en la noche, ya verás.

Con la seriedad de una mujer mayor y un enojo peculiar, se dirigió al otro lado de la casa para desayunar con sus padres. Una vez ahí, se sentó sobre un banco alto, parecido a un diminuto glaciar con almohada, y en silencio, sin saludar a su papá, quien leía el periódico ni a su mamá, quien entablaba una charla sin fin por teléfono, tomó un pan tostado, le untó mermelada de moras azules y comió con lentitud. Después bebió algo de leche y a pesar de que el cielo permanecía sombrío salió a jugar entre los árboles.

En la tarde, Lily estuvo esperando a que el abuelo regresara. Cuando éste llegó, la niña corrió a su encuentro gritando:

—Abuelo, abuelo ¿Qué cuento me contarás ahora?

El señor la tomó de la mano mientras le decía que buscarían juntos algo interesante. Se dirigieron a la biblioteca, comenzando el ritual de todas las tardes. A las siete de la noche fueron al antecomedor para cenar, dando pequeños saltos, como si los dos fueran niños. Al finalizar la cena, Lily se dirigió a su habitación seguida por su nana, que la preparó para dormir. La niña se quedó sola mirando hacia el pie del lecho decidida a que el hada madrina no apareciera, y se tapó toda con el edredón.

Pasaron varios minutos, cuando de pronto una pálida luz azul apareció justo a la mitad de la

habitación; el hada, con voz apaciguadora, le preguntó a la niña:

—¿Por qué no prendiste hoy la vela?

—¡Estoy muy enojada! Bien sabes que me gusta el sol y tú no permites que me toque—. Le contestó Lily. El brillo azulado del hada iluminó el rostro rígido y la mirada fija de la niña.

—Yo no puedo manipular a la naturaleza; ese enojo te puede hacer daño, porque...

—¡No me importan tus energías!—, interrumpió Lily, bastante molesta—. ¡Lo que quiero es asolearme!

—Lily, entiende que yo no tengo nada que ver con eso—. Explicó el hada en tono serio.

—¡Claro que sí! Las hadas hacen eso y más—. Le dijo Lily, mientras sonreía al pretender saber más que el hada.

—Lily, no sabes lo que puedo y no puedo hacer.

—¡Sí, lo sé! ¡Mi abuelito me lo dijo! Ha dicho otras cosas, pero son secretos.

—¿Qué secretos?

—No te diré. Adiós.

Sin decir más, la niña se escondió bajo el edredón ignorando al hada. Lily se quedó dormida a pesar de que su protectora le seguía preguntando por esos secretos.

A la mitad de la noche la niña despertó dentro de la pequeña casa de madera. Al principio la descontroló el verse en un lugar extraño y bañada por una luz roja. Al reconocer la ventana ensombrecida por una negrura incomprensible, quiso gritar con toda su fuerza, pero no logró emitir sonido alguno. Corrió afuera, presa del susto y se topó de frente con un espectro en llamas, de rostro inexpresivo. Antes de que la niña alcanzara el precipicio el fantasma la detuvo. Con frialdad y con una sonrisa leve, aterradora, la levantó sobre el abismo sin siquiera tocarla. Lily sintió que el abismo la atraía y un pavor inmenso la invadió. Escuchó una voz resonante decir:

—He venido por ti, niña linda.

Intimidantes carcajadas surgidas del abismo la hicieron temblar, y lloró desconsolada, cerró los ojos y ya no supo más.

A la mañana siguiente, Lily despertó como si nada hubiera pasado, sin recordar la horrible pesadilla.

La nana la preparó a tiempo para que el chofer la llevara al jardín de niños. Avanzada la mañana, a Lily y a sus compañeros les

encomendaron la tarea de dibujar algo que ellos consideraran bonito.

Al llegar a casa buscó al abuelo por todos lados, hasta que lo encontró en la biblioteca. Le mostró lo que había dibujado; un inmenso rayo de luz que iluminaba un círculo negro. El abuelo la felicitó por haber hecho una linda paloma amarilla. Lily le dijo:

—No es una paloma, abuelito; pero hazme caso, ahora tendrás que adelantarme mi cuento, porque tengo mucho trabajo.

—¿Ah, sí? ¿La señorita tiene mucha tarea? Está bien.

El abuelo sonrió, le revolvió la rubia cabellera y buscó entre todos los libros un cuento apropiado, la sentó sobre su regazo y le narró una historia de hadas y brujas. Al finalizar, Lily le preguntó:

—Abuelito, ¿de qué color son las hadas?

—De todos colores, mi niña—. Contestó el abuelo, serio, como si se tratara de un asunto importante.

—¿Pueden ser negras?— Preguntó Lily, mientras jugaba con el holán de su uniforme.

—No, claro que no. Las oscuras son brujas—. Contestó el abuelo frunciendo el ceño.

—Y las brujas, ¿son buenas o malas?

—Son malas. Convierten a los niños en ratones. En ocasiones se los comen—. Dijo el abuelo con solemnidad teatral.

—Y, ¿cómo le hago para matarla?—. Inquirió de nuevo la niña, buscando la mirada del abuelo, como para cerciorarse de que le decía la verdad.

—¿Para matar a quién?— Preguntó él, intrigado.

—A un hada..., digo, bruja, que me visita todas las noches y por su culpa tengo pesadillas. Además me prohíbe asolearme.

El abuelo sonrió y le dijo:

—Todos los niños tienen un angelito de luz que los defiende de las brujas. Extienden sus brazos y de sus manos sale fuego divino que destruye a las brujas malas —dijo el abuelo haciendo con ademanes torpes lo que le explicaba a la niña—. Tu ángel guardián te vigila y ahuyenta las pesadillas.

—¿Y cómo son los angelitos?

—Son grandes, tienen alas suaves y un halo.

—¿Qué es un halo?

—Es como si la luz del sol los bañara en todo momento.

—Y, ¿el halo es enorme? ¿Del tamaño de un precipicio?

—Pero, ¿qué cosas dices, mi niña? Claro que sí. Ellos están hechos de luz.

—Gracias, abuelito—. Le dio un abrazo y se dirigió a su habitación.

Una vez en su cuarto, tomó al oso polar de peluche y comenzó a platicar con él como si fuera otro niño.

—¿Sabes, osito? Cuando llegue la noche acabaré con esa mugrosa bruja. Me engañó, me dijo que era Hada, pero está muy fea para serlo. Qué mala—. Lily movía la cabeza del osito y ella ponía atención como si le dijera algo importante, y al final dijo:

—Sí, osito, tienes razón, además el de la casita de madera es mi angelito, porque está hecho con la luz del sol, tal como me dijo mi abuelito; y los adultos no mienten, es lo que me dicen mis papis.

Al llegar la noche cenó, se despidió de todos, como lo hacía a diario y se preparó para el encuentro final con el hada. Encendió la vela y esperó como en otras ocasiones. En cuanto apareció su hada madrina, le dijo:

—Ya supe que eres una bruja, ¡y te voy a matar porque eres mala!

—Claro que no soy bruja; soy tu hada madrina que te protege del mal—. Contestó el hada, sorprendida por la afirmación de la niña.

—¡Sí eres mala, porque vistes de negro! Además no vuelas con alitas, sino flotas y..., ¡no tienes varita mágica como para ser hada madrina! Tampoco tienes luz ni alitas como los angelitos de la guarda.

—Soy quien impide que el mal te utilice para fines diabólicos, porque tú eres un ser especial que podría llegar a hacer cosas muy benéficas para otros.

—¡Eres mala!— Gritó Lily, mientras llamaba al ángel de luz del que le había hablado el abuelo. Una luz amarillenta bajó de la bóveda; tocó el suelo e iluminó a la niña. Del haz luminoso surgió el espectro de fuego, que parecía gaseoso, transparente. Alzó los brazos y con las manos abiertas en dirección al hada madrina le disparó rayos negros. La protectora de Lily gritó de dolor y se retorció, trató de apartar a la niña del ente del abismo, pero no pudo neutralizar la fuerza del

fantasma. A pesar de los ataques que recibía veía cómo la niña se acercaba más al regazo del ser maligno, dificultándole defenderse a sí misma y a la pequeña. De repente recibió un impacto luminoso que le cimbró todo el cuerpo, provocándole un dolor agudo en el aura y dejándola cada vez más vulnerable a los ataques del ser de fuego. La luz del abismo le consumía su luminosidad poco a poco, como si se tratase de ácido. La invadió un miedo que se adhería a toda ella como una alimaña pegajosa que le dificultaba cumplir con la misión que le fue encomendada. Haciendo acopio de lo que le quedaba de fuerzas se defendió. Tenía que formar un anillo áureo para proteger a Lily. Logró formarlo pero, antes de lanzarlo, el demonio dirigió el anillo con la mano izquierda sin siquiera tocarlo. El aro cayó sobre el hada madrina y explotó en una lluvia de luces pequeñas, efímeras, de vistosos colores que la desintegró.

A la mañana siguiente, y antes de ir al jardín de niños, Lily cogió a su osito de la mano y bajó al jardín a tomar el sol. El recorrido era el de siempre, pero en esta ocasión, el canto de la niña, el ruido de sus pasos y su presencia no iluminaron más la escalera de rulo. El mármol lució más sombrío que de costumbre. La fastuosidad de aquella mansión y la seriedad de los sirvientes parecían de ultratumba. La blancura inalterable de la mansión ahora parecía pintada por la muerte.

Lily salió al jardín, las flores despedían el fétido olor de los difuntos. El abuelo estaba sentado en el pórtico; miró a Lily de reojo, le regaló una sonrisa, y siguió su lectura. La niña alzó su osito de peluche y le dijo:

—Encontré a mi protector, amiguito, por fin lo hice. Su fuerte luz me ayudó a destruir a la bruja. Ahora ya sé que mi ángel guardián vive en la casita que está al borde del precipicio y las pesadillas eran por esa mujer tan mala. Me dijo que me guiaba hacia el mal y no quería que el sol desarrollara a mi angelito, porque, ¿sabes? Los angelitos son como rayos de luz. Eso me lo dijo ayer mi abuelito. Ahora que sé qué hay dentro del precipicio, entraré en la noche para ver a los demás seres de luz que me protegen.

Lily entró a la casa frotándose los brazos enrojecidos por el sol y esperó a que la prepararan para ir a la escuela. Afuera, el cielo estaba denso y cargado de nubes pesadas y oscuras. La temperatura descendió considerablemente. Nadie en la casa se dio cuenta de que un halo de fuego circundaba la casa, hundiéndola en una negrura abismal. Estaba convencida de que había encontrado a su ángel de luz, ese que provenía del abismo.

Versiones contrapuestas

Por Sergio Mars

Diez años, sólo han pasado diez años desde la muerte de mi señor y ya circulan tantas versiones sobre su vida y sus acciones que tan pronto se revela paladín como tirano, justo como cruel, santo como diablo. ¿A qué fuentes recurrir? ¿A los insidiosos panfletos promovidos por Matthias Corvinus para justificar el trato despectivo que tuvo para con el más grande de sus vasallos? ¿O quizás a los folletos salidos de las imprentas de Moscovia, cuyo único fin es apoyar la política centralista de Ivan Vasilevich? En todos esos textos que tan populares se han vuelto es posible encontrar retazos de verdad, pero tan entretrejida con interpretaciones subjetivas, omisiones e incluso tergiversaciones deliberadas, que se me antoja imposible que seáis capaces de majarlos para separar la una de las otras.

¿Queréis un ejemplo? Hay muchos donde elegir. ¿Qué tal la famosa anécdota de los dos embajadores turcos? ¿O eran florentinos? Mejor la del noble de delicada pituitaria; menos confusa, aunque tendría que decidir si pertenecía al séquito de mi señor o bien era un enviado de las ciudades de Braşov y Sibiu, como sostienen algunos. Se ha hablado tanto y se ha alterado tanto en beneficio de unos y otros, que hasta yo tengo dificultades para discernir qué es leyenda y qué historia. Mi señor era un hombre complejo. No me atrevo a relatar hechos que conozco de segunda o tercera mano. No quiero contribuir a la confusión, aunque sea de forma involuntaria. Por ello, os relataré un lance del que fui testigo directo: lo que realmente aconteció a los dos monjes que visitaron a mi señor en su palacio de Târgovişte. Como prueba de mi sinceridad, no quiero hacer alarde de memoria afirmando recordar el nombre de su monasterio de procedencia. En aquel momento no consideré que el suceso fuera lo bastante significativo como para preocuparme por detalles intrascendentes. Se me escapa el porqué ha sido escogido ahora como ejemplo de todo lo bueno, y todo lo malo, que supuestamente encarnó mi señor, aunque tampoco es objeto de mi crónica el divagar sobre estas cuestiones. Lo que sí puedo afirmar es que pertenecían a la iglesia católica, a

la que por entonces mi señor, como buen príncipe ortodoxo, no veía con buenos ojos.

Quienes le critican tendrían que haber estado presentes durante la audiencia. Aquellos plebeyos incultos, creyéndose protegidos por las burdas cruces de madera que llevaban sobre el pecho, despotricaron contra la forma de gobernar de mi señor, atreviéndose incluso a darle consejos. ¡A él, que había mamado política desde la cuna! Los soportó, porque sabía que los habían enviado sus opositores en la corte húngara para desacreditarlo tras su previsible reacción. Sin embargo, cuando cuestionaron su desempeño militar ante el invasor turco, decidió que habían superado toda medida y se imponía dar una lección inequívoca. A ellos y, por mediación suya, a aquellos que los habían utilizado.

Se levantó del trono y les dijo: «Venerables padres, por la preocupación que mostráis hacia mí y hacia mi pueblo, sin duda sentiréis vivos deseos de que os muestre el modo en que cuido de mis asuntos internos y de mis enemigos del exterior». Ambos monjes asintieron con una reverencia y mi señor les hizo acompañarlo hacia la parte posterior del palacio, donde se encontraban los jardines. Habíamos rechazado apenas un día antes una incursión turca, así que a la habitual colección de ladrones, los menos, y boyardos ambiciosos, la mayoría, se les unía medio centenar de malditos sarracenos, clavados desnudos en estacas afiladas, normalmente introducidas por el ano. En los más antiguos la punta y un buen trozo del astil les asomaba por la boca, abierta en un grito mudo de dolor; los más recientes aún se retorcían, gimiendo con voz apenas audible, mientras sangre y heces resbalaban por los postes hasta alcanzar el suelo, siempre encharcado.

Los dos santos padres entendieron por fin en qué se habían metido y sus rostros adquirieron una palidez cadavérica. Mi señor se volvió hacia ellos sonriendo y les preguntó: «Decidme, ¿qué opina de esto vuestra sabiduría?» Ante aquella interpelación burlona, el más anciano recuperó la compostura, su corazón se inflamó de ira y

comenzó a despotricar, lanzando casi espumarajos de rabia. Acusó a mi señor de ser un salvaje apenas mejor que los perros infieles, de no conocer ni respetar la misericordia cristiana y de manchar con su impía presencia el mundo que Cristo nos confió. Él lo soportó todo, sin variar un ápice su sonrisa, con los ojos oscuros clavados en su rostro congestionado. Cuando el primer monje hubo perdido fuelle, se volvió hacia el segundo y lo interpeló para conocer su dictamen. El religioso le miró con ojos desorbitados, lanzó un rápido vistazo a su compañero y volvió a centrar su atención en mi señor. Temblando y sudando como un potro en celo, se deshizo en elogios sobre la sabiduría que demostraba y alabó su justicia, equiparándola a la divina. Tanto y tan bien habló que hubiera convencido de la inocencia de mi señor hasta a las madres de los ajusticiados. Finalizó su diatriba no menos falto de respiración que su compañero.

A partir de este punto se producen serias discrepancias según la fuente de la que manen las palabras. Si tuviéramos que hacer honor a las calumnias húngaras, el príncipe, mi señor, se habría sentido tan ofendido por las justas palabras del monje acusador que habría ordenado empalarle en el acto, como muestra de que no aceptaba críticas de nadie. No mucho mejor es la versión moscovita de la historia. Según sus textos, es el monje lisonjero quien traba íntimo contacto con la estaca, premiándose la valentía e integridad del otro perdonándole la vida. Lo cierto es que ambas versiones son falsas, y no responden más que a los intereses temporales de gobernantes indignos, que no dudan en apropiarse del prestigio o la honra ajenos con tal de ver cumplidos sus mezquinos sueños.

La sentencia de mi príncipe fue otra. Sin volver a dirigirles la palabra a los religiosos, se volvió hacia nosotros, su séquito personal, y nos expuso: «Vosotros sois testigos de cómo estos extranjeros, que pretendían aleccionarme sobre la forma en que debía gobernaros, son incapaces de ponerse de acuerdo en un tema tan simple como el que les he propuesto». Luego nos ordenó: «Unidlos pues en la muerte, como jamás lo estuvieron en vida». Siguiendo sus indicaciones los empalamos a ambos en la misma estaca, vientre contra vientre, el mayor arriba, procurando dañar lo menos posible los intestinos, para que su agonía fuera larga. Mi señor no volvió a dirigirles

siquiera una mirada. Había perdido demasiado tiempo con aquella estupidez. Dio la espalda al bosque de estacas y volvió con paso firme a la sala de audiencias, donde le aguardaban aquellos de sus súbditos que buscaban su autoridad y consejo.

He aquí la verdad. No soy un fabulador húngaro, ni un erudito moscovita. Soy, simplemente, un viejo voivoda valaco, cuyo brazo ya no empuña la espada con la fuerza de antaño y cuyo señor murió hace años en un campo de batalla lejano, junto con casi todos aquellos que podrían dar fe de la autenticidad de este testimonio. Sé que mi voz es como un soplo en medio de la tempestad y que en el fondo nadie está interesado por saber qué ocurrió en realidad. Tendría que haber sospechado que, por muy grande que haya sido el hombre, el mito lo eclipsaría, ocultándolo como entre las negras alas del dragón de su emblema. No me interesa defenderlo ni ensalzarlo. Sólo espero haber conjurado en parte el velo de mentiras que lo envuelve. Basta con eso. Mi señor siempre ha sido muy capaz de librar —y ganar— sus propias batallas.

Cleobis y Bitón

Por Felideus

(...) *Complacida por su devoción filial, la sacerdotisa suplicó a la diosa que les concediera el mejor don que se podía conceder a un mortal,*
(...)
[Robert Graves, 84. *Cleobis y Bitón*, “Los mitos griegos”]

La mujer es una diosa. Realmente una diosa, no sólo en sentido metafórico. La cuestión no es que su hermosura hiera la vista, que su mirada embote los sentidos con un baño de absenta de verde pupila, sino que realmente es la hermana y esposa de Zeus, hija de Cronos y Rea, diosa tutelar del matrimonio y protectora del nacimiento. Aunque para Cleobis y Bitón la cuestión sea, simple y llanamente, que uno no se encuentra todos los días semejante beldad en un arcén de la carretera.

Los hermanos detienen su jocosos trotar, su atlética demostración de contracción y tensión muscular marmóreamente depilada, apenas disimulada por un par de pantalocitos, y sendas y ajustadas camisetas de tirantes de sudada licra, junto al humeante coche de la hermosa dama.

—¿Problemas, cielo? —Es Cleobis, como no podía ser de otra forma, quien aborda a la mujer, mientras su gemelo Bitón espera, todo sonrisa de pulido marfil, un par de metros más atrás.

—Este efésico carro se niega a dar un paso más.

El gracioso verbo de la diosa revolotea y acaricia los excitados oídos de los hermanos con un elástico timbre a medio camino entre el coqueteo automático y la franca irritación.

Cleo, con el ceño fruncido, se inclina sobre el motor descubierto del vehículo, bajo la atenta mirada de su fraternal compadre. Remueve, aleatoriamente aquí y allá, aquellas piezas que no le abrasan al primer contacto. Finalmente extrae una alargada pieza, la ha escogido porque no está demasiado caliente, ni demasiado grasienta, y se la muestra a Hera con aire entendido:

—La biela. —Anuncia, frunciendo el ceño una pulgada más.

—El cigüeñal —exclama Bitón con entusiasmo.

—¡Exacto! —puntualiza Cleo—: La biela del cigüeñal. Ha debido de ser cosa del delco, al recalentarse por efecto de la turbina de empalme ha debido de golpear el bote sifónico, con el consecuente derrame de aceite que ha partido la biela del cigüeñal.

—Podríamos arreglarlo —propone Bitón.

—Sin duda. Podríamos arreglarlo, con las herramientas adecuadas. Pero como puedes comprobar... —Susurra, acariciando obscenamente su parca indumentaria— ...no llevo muchas herramientas encima.

—Sólo lo fundamental —recalca Bitón con una sonrisa mefistofélica.

—Sólo lo fundamental —estalla en carcajadas Cleobis—. Pero sin duda podremos empujar tu coche hasta la próxima estación de servicio.

—Eso sería perfecto —sonríe sibilina Hera—. Además vivo a tan sólo un par de kilómetros de la gasolinera.

—En ese caso te empujaremos hasta casa.

—¿No será demasiado esfuerzo?

—Seguro que nos lo compensas de sobra, linda.

Hera se acomoda en el asiento del conductor y los musculosos gemelos se ponen en marcha, propulsando con brío la pesada maquinaria.

“Son mucho más descarados que antaño”, piensa la diosa “pero me alegra comprobar que los jóvenes aún se sacrifican por su señora”.

Un par de kilómetros más de camino y los gemelos se detienen sudorosos. Clio golpea con suavidad el cristal del conductor, con el ceño tan fruncido que amenaza con exprimir sus globos oculares, en un derramamiento de mirada poco poético, sin duda.

—Cielo —comenta, tratando de parecer indiferente—, te importaría liberar el freno de mano... es ese palito largo de ahí.

—Claro cariño, si eso te ayuda.

—No es imprescindible, pero temo joderte la transmisión con el ímpetu... querida. —Sonríe

entre dientes.

Los últimos ocho kilómetros de tracción humana, son la constatación del afán de superación del ser humano cuando su objetivo es joder a alguien... o con alguien.

Flechas, vibradores, misiles, balas, muñecas hinchables... pero nadie ha inventado aún la vacuna contra el sida, la cura definitiva del cáncer ni una alternativa seria a la exploración rectal o a las endoscopias escrotales.

Cuando llegan a su destino, una moderna urbanización de gemelos chalets pareados, ya han olvidado los calambres de las piernas, los cayos de las manos, las ampollas de los pies encharcando las deportivas. De hecho se han olvidado de sus piernas, pies, manos, brazos y cabeza, y centran toda su atención y su riego sanguíneo en un único punto, mientras acompañan a la diosa hasta su piso en el ático, hipnotizados y arrastrados por el devenir pendular de sus turgentes glúteos.

Tal es su concentración, que apenas prestan atención a la sala en que desembocan. A los hermosos tapices, a los mosaicos del suelo, a las columnas dóricas, a las hermosas e increíblemente precisas esculturas humanas de brillante mármol, que casi parecen cobrar vida y querer escapar, a la tenue luz de las velas que se encienden solas al paso de la mujer diosa.

—Hijos míos, voy a daros aquello que ansiáis con más fuerza —dice la diosa mientras desaparece tras una cortina de terciopelo rojo.

—Me pido por detrás —susurra Bitón, mientras golpea significativamente a su hermano con el codo.

Poco después, Hera emerge de nuevo tras la cortina, como una anunciación de Boticelli, portando un bote de crema en cada mano.

—¡Wow! —braman los hermanos al unísono ante la lubricante promesa.

—La auténtica depilación indolora de los dioses —exclama la diosa arrojando un bote a cada hermano.

—¡¿QUÉ?! —escupe Clio supurando bilis como un basilisco.

—Espera hermano —lo interrumpe Bitón, mientras retira una endurecida muestra del producto de su brazo— pruébalo Cleobis, realmente funciona... y te deja la piel taaaan suave y brillante que casi parece mármol de Carrara

El Hombre de Tierra

Por Manuel de los Reyes

Para la mayoría de los adultos del pueblo él siempre había sido Eusebio el de la Sandunguera, pero nosotros, los niños, lo llamábamos el Hombre de Tierra.

El sobrenombre con que lo conocían los mayores tenía su razón de ser en el hecho de que la señora madre de Eusebio, Dios la tenga en Su gloria, había sido la sensación de todas las romerías y verbenas de la zona en sus años de moza, antes de que Casimiro el panadero le echara el ojo una Noche de San Juan y la convirtiera en su santa esposa. La Sandunguera cambió los bailes y las risas por los bodigos y las tortas de pan, y las caderas que habían encandilado a Casimiro al son de bachatas y pasodobles alternaron su cadencia de odalisca campurriana por la de los partos: hasta cinco, cada cual más complicado y doloroso que el anterior.

La camada de la Sandunguera habría de experimentar una suerte desigual: Eliseo, el primogénito, sucumbió a los estragos de la polio siendo aún muy chico, antes de que el doctor Salk terminara de desarrollar su vacuna; Rubén ni siquiera llegó a abrir los ojos al mundo, mortinato como llegó a él; María José sobrevivió a la infancia para convertirse en una guapa mocita en cuyo saleroso caminar se adivinaba el carácter de su madre, pero tampoco quiso la fortuna que la joven se hiciera mujer: de truncar su lozanía se encargó la picadura de una víbora que tenía su nido a la orilla de la acequia donde María José estaba refrescándose los pies una mala tarde; un cuarto hijo fue bautizado Malaquíás, un gañán fortachón y campechano al que el pueblo entero veía como el niño que Eliseo y su mujer habrían de ver crecer hasta convertirse en hombre, como así ocurrió. Con su mayoría de edad llegó también la llamada a filas, por desgracia, y aunque los compañeros de división de Malaquíás que visitarían más tarde a la Sandunguera le dijeron que su hijo había luchado como un jabato en las trincheras, su corazón no había podido repeler la bala nacionalista que lo alcanzó en la ribera del Ebro; el agua estaba demostrando ser mala aliada de los hijos del panadero y la ex odalisca.

—¿Por qué nos castiga así la vida, Casimiro?
—se lamentó la Sandunguera con su marido el día que enterraron al valiente Malaquíás. En el pequeño cementerio de la aldea, las lápidas de la familia del panadero se erguían de menor a mayor tamaño como una hilera de matruskas—. ¿Por qué se empeña el cielo en robarnos los hijos?

—Todo está de Dios. —Siempre la misma respuesta por parte de Casimiro, que en su fuero interno intentaba conciliar la tragedia que parecía asolar a su familia con las tragedias bíblicas de las que hablaba el párroco los domingos en la iglesia.

Dicen que la Sandunguera, desencantada de la vida y enemistada con un Dios que parecía tenerle reservada cuando menos la ojeriza con que trataron los romanos a Su hijo, desterró de su alma toda simpatía para con el Creador de Todas las Cosas y se volcó en la adoración de su némesis, Satanás, con la ayuda de una vieja hilandera que vivía en un molino abandonado. Nada pudo hacer Casimiro por disuadir a su esposa para que rehuyera la compañía de la supuesta bruja, y pronto el negocio empezó a resentirse: la clientela prefería comprar su pan en cualquier otro establecimiento, preferiblemente uno del que no se dijera que alojaba al mismísimo diablo en la incandescencia de sus hornos.

Con pacto con el diablo de por medio o sin él, lo cierto es que Eusebio superó las etapas de la niñez y la adolescencia sin padecer siquiera un mal resfriado, lo que alegraba tanto a sus ya mayores progenitores como contribuía a acrecentar las sospechas de brujería que rondaban la mente de los vecinos del pueblo cada vez que se paraban a pensar en la familia de la Sandunguera. Casimiro, entretanto, hubo de cerrar el negocio por falta de clientes y pasar de blanquearse las manos de harina a embadurnárselas de hulla en la mina, único empleo que fue capaz de conseguir tras desistir de seguir sacando adelante la panadería. Doce años tardaron los pozos en cobrarse su vida, modesta pero honrada hasta el final.

—¿Por qué nos castiga así la vida, Casimiro?
—Pero en esta ocasión los lamentos de la

Sandunguera no suscitaron respuesta alguna por parte de su esposo, que ya no volvería a escuchar más revelaciones cataclísmicas los domingos en la iglesia.

La viudedad le acarreo a la Sandunguera un nuevo dilema: la pensión que le dejara Casimiro al morir era a todas luces insuficiente para mantener la casa y a su mocito. Empujada por las circunstancias, la mujer dio en tomar el relevo de la vieja hilandera en cuestión de asesoramiento arcano y espiritual. La supuesta bruja había desaparecido sin dejar ni rastro años, y la Sandunguera estuvo encantada de ocupar el molino semiderruido acompañada de Eusebio. Autodidactos, madre e hijo no tardaron en empezar a recibir la visita de algunas jóvenes del lugar que, atraídas por el halo de hechicería que rodeaba el molino y sus moradores, acudían con peticiones de pócimas de amor, ungüentos milagrosos contra las más extrañas afecciones, amuletos para hacer frente al mal de ojo y, en definitiva, todo lo que tuviera que ver con lo esotérico.

La Sandunguera hubo de suplir su falta de conocimientos sortílegos con imaginación, y así, echando mano del folclore popular y los cuentos oídos de pequeña a la luz de la lumbre en noches de invierno, dio en sacarse de la manga mil y una recetas para satisfacer las demandas de sus peticionarios: ancas de rana macho cortadas a la luz de la luna llena con un cuchillo de doble filo y dejadas bajo la almohada del sujeto pretendido para conseguir su cariño, ensalmos mezcla de latín de catequesis y lengua inventada pronunciados al revés al oído de un enemigo para sofocar su animadversión hacia uno, hojas de mandrágora pulverizadas y rehogadas con la sangre de un chivo blanco en un cuenco de tejo para garantizar la salud del bebé en camino... Quiso la suerte que la Sandunguera o bien acertara en la elaboración de sus brebajes y pociones, o bien que los problemas para los que le pedía solución terminaran por encontrarla igualmente tarde o temprano por medios naturales, pero lo cierto es que su fama de bruja fue extendiéndose por los alrededores. El molino, remodelado desde los cimientos a la última teja gracias a los dineros conseguidos a base de vender remedios, ponzoñas y talismanes más imaginativos que eficaces, se convirtió en lugar de peregrinación obligado para todos los habitantes

de la región que tuvieran alguna querencia imposible de satisfacer por vías más ortodoxas.

—Sandunguera, dame algo para la niña, que está emperrada con ese zascandil de la Cestera y se lo quiero quitar de la cabeza.

—Sandunguera, un remedio para estas muelas, y rápido, que me entran ganas de pegarme con una piedra en la boca.

—Sandunguera, Sandunguera, ¡ay!, ¿qué haríamos sin ti, Sandunguera?

Así transcurrió la vida de Eusebio hasta el día en que cumplió la mayoría de edad: esa mañana el joven se despertó solo en el molino reconstruido, y por mucho que llamó y buscó a su madre por los alrededores, no logró dar con el menor rastro de ella. Aquel día Eusebio el de la Sandunguera celebró su cumpleaños con lágrimas. Al día siguiente, atendió a su primera clienta en solitario, perpetuando así un negocio y una forma de vida basada en la picaresca y la superstición que eran el único legado de su madre.

Para los niños que fueron naciendo en tiempos en que la Sandunguera era ya más un personaje legendario que el recuerdo de quien una vez fuera otra vecina de carne y hueso del pueblo, Eusebio se convirtió en el Hombre de Tierra. Toda su piel tenía el color del suelo del campo hostigado por la sequía tras soportar una tromba de agua, como de arcilla mojada. La edad fue encargándose asimismo de surcarle la tez de arrugas como cañadas y desfiladeros, y de dejarle la cabeza pelada como un campo de trigo agostado por el sol, del que se protegía con un sombrero de paja que él mismo tejiera con sus propias manos.

El paso de los años fue robándole al Hombre de Tierra los dientes y el cabello, y aun la vista, antaño penetrante como la de un aguilucho, pero también se encargó de barrer las arenas de la memoria de las gentes del pueblo. Eusebio, que antes de su misteriosa desaparición era el más viejo de los viejos del lugar, ya no era considerado un hijo de Satanás, y sólo las abuelas más obstinadas seguían buscando el molino para comprar, por un cesto de huevos o la promesa de un cochinitillo en adobo, los exóticos placebos del recetario que legara la Sandunguera a su único vástago.

—Eusebio, dame algo para el niño, que está emperrado con esa pelandusca del Posadero y se la quiero quitar de la cabeza. —Etcétera, etcétera.

La misteriosa desaparición a la que antes hacía referencia tuvo lugar la noche de un treinta de abril, según el relato de un joven cabrero que pasó cerca del molino cuando regresaba de rondar a Adelaida la del Cartero, una niña modosa por la que bebíamos los vientos los chicos y no tan chicos de siete pueblos a la redonda. Este zagal, Rodolfo el de la Ventera, llegó corriendo una mañana a la taberna como si lo persiguiera el diablo, con la lengua y los faldones de la camisa fuera, balbuciendo incoherencias que no se corporeizaron en palabras sensatas —y ni siquiera entonces, a decir de muchos— hasta trasegadas dos copitas de chinchón seco.

—Amórrate a la botella, jolines, que de vaso en vaso no vamos a acabar nunca —se reían los contados fieles que desgastaban las coderas ya a esas horas en el local, y:

—Sí que está sofocado el mozuelo, sí, ni que hubiera visto al diablo.

Según el enamoradizo cabrero, volvía a casa por las mieses para ganar tiempo cuando atisbó a lo lejos la silueta del molino, recortada contra el cielo de cobalto por unos misteriosos fuegos fatuos que parecían arden en su interior. El de la Ventera, al que su mocedad le prestó valor, o quizá el dulce recuerdo de las miradas cruzadas esa noche con la del Cartero, se dejó llevar por la curiosidad y desvió sus pasos hacia el solitario edificio, aunque aminoró la marcha y se apostó detrás de un zarzal cuando le llegó a los oídos una música misteriosa y animada, como de romería o verbena. Desde su parapeto decía haber vislumbrado dos siluetas femeninas que parecían bailar y contonearse al son de la alegre tonada, para cuyo origen no parecía haber explicación alguna, pues de todos era sabido que Eusebio prescindía de lujos como el televisor o la radio, y ni de lejos se vislumbraba orquesta alguna que pudiera estar armando la batahola que resonaba en los oídos de Rodolfo.

De las dos figuras danzantes, una lo hacía con más garbo y agilidad que la otra, cuya avanzada edad se adivinaba en la curvatura de sus hombros y lo magro de sus pantorrillas, si bien daba asimismo saltitos y brincaba como una cabra vieja pero animosa todavía, con el mismo entusiasmo que su compañera, más joven. En ese momento salió del molino el Hombre de Tierra, con una sonrisa desdentada grabada en su tez cuarteada y los ojos casi ciegos encendidos con la

misma luz sobrenatural que brillaba dentro del molino.

Shimmara fhtaghan Ithaqua, parecía susurrar el viento. *Lanara keal sebal*.

Según las referencias del sobrecogido Rodolfo, el Hombre de Tierra pareció reconocer a las dos misteriosas bailarinas, a cuyos saltos y cabriolas no dudó en sumarse con una agilidad impropia de sus muchos años, mientras a su espalda las luces que alumbraban el interior del molino destellaban como debe de hacerlo la aurora boreal en latitudes favorables para su aparición.

Shimmara fhtaghan Cthulhu, lanara keal farnalahk, parecían entonar las estrellas en el firmamento.

El de la Ventera dijo no saber cuánto tiempo permaneció agazapado entre los zarzales, contemplando las danzas del estrafalario trío. No salió de su ensimismamiento hasta que las dos mujeres y el anciano buscaron el refugio del molino, donde desaparecieron momentos antes de que el sobrenatural juego de luces interrumpiera su titilar en las ventanas.

Shimmara fhtaghan Hastur, lanara keal hiennak, parecía murmurar el agua del arroyo cercano.

Fue en aquel momento, con el silencio de la noche cerrada martilleando en sus oídos, cuando el joven cabrero abandonó su espinoso refugio y corrió hasta el cortijo de sus padres, donde la noche que había esperado pensar soñando con la modosa hija del cartero se convirtió en un desfile de ensoñaciones febricitantes, pobladas de alegorías que le destemplaron la sangre.

Shimmara fhtaghan Cthugha, imalla reenek sinar Ad, resonaba aparentemente sin fin en la cabeza de Rodolfo.

Su turbación no habría de apaciguarse hasta el día siguiente, cuando entrara corriendo en la tasca del pueblo para, entre chinchón y chinchón, relatar lo que había visto en el molino.

Las hipótesis corrieron como la pólvora entre los parroquianos, y aun hubo un grupo de valientes que resolvió acercarse al hogar de Eusebio para comprobar que todo estuviera en su sitio. Fueron ellos los primeros en llamar la atención sobre la desaparición del hijo de la Sandunguera. Según sus referencias, el interior del molino era un revoltijo de muebles volcados y papeles desparramados cuando llegaron. Entre las

hojas que alfombraban el suelo se encontraron multitud de recetas con las que los más supersticiosos del lugar estaban familiarizados, los ungüentos y filtros de propiedades mágicas por los que era célebre en la región el Hombre de Tierra. Quizá fuera el hallazgo de aquel recetario desordenado lo que les recordara a algunos la forma en que se ganaba la vida Casimiro, como lo había hecho su madre antes que él, y la anciana hilandera incluso antes que ella.

Bastó aquel recordatorio, más el comentario susurrado de que la noche previa había sido la última de abril para que la partida de búsqueda desistiera de encontrar a Eusebio, al que los niños del pueblo llamábamos siempre el Hombre de Tierra, igual que años atrás aceptaran la desaparición de la Sandunguera, acontecida, según los menos desmemoriados o los más imaginativos, igualmente un treinta de abril, la Noche de Walpurgis.



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.eximeno.com>

© 2007 Santiago Eximeno